

José Antonio Moreno

Vamos a contar mentiras... o el ascenso
de la extrema derecha en Europa



Paisaje fluvial, 1911, Wilhelm Morgner.

El ascenso de formaciones políticas de extrema derecha en toda la UE es un hecho constatado que pone en riesgo el proyecto y el modelo de la UE en cuanto a un marco democrático de convivencia en sociedades diversas y plurales. La respuesta democrática debe pasar por la confrontación con los discursos de odio, las falsedades y los bulos esparcidos por estas fuerzas políticas a fin de construir una sólida narrativa progresista que facilite la pedagogía social. Las próximas elecciones al Parlamento Europeo pueden ser –para bien o para mal– un punto de inflexión.

CUALQUIER demócrata con una mínima conciencia de tal debe sentir al menos desasosiego (y bastante confusión, también) respecto a la extensión y profusión por toda Europa –sí, también en la UE– de partidos políticos con mayor o menor respaldo electoral, mayores o menores cuotas de poder en sus respectivos países y que articulan propuestas de lo que, de manera generalmente aceptada, calificaríamos de **extrema derecha**.

Este resurgimiento del discurso ultra se produce de una manera generalizada y con cierta normalidad, ante el pasmo de las gentes de progreso, que vemos como esparcen sus diatribas, y también sus bulos y mentiras, cuestionan derechos y libertades, concurren a elecciones, promueven falsos debates, incitan al odio y acaparan titulares en los *media*.

En 2024, las próximas elecciones al Parlamento Europeo van sin duda a ser un buen termómetro de la calentura del fenómeno, pero ¿cómo hemos llegado a esto...?

Esa es la pregunta que mucha doctrina académica (sociólogos, politólogos, etc.) intenta descifrar a fin de –obviamente– hallar una solución para este peligroso crecimiento: peligroso porque viene a poner en cuestión los cimientos básicos de la convivencia democrática en sociedades plurales y diversas.

Pero también porque pone en cuestión el propio modelo de la Unión Europea. Así, el artículo 2 del Tratado de la Unión Europea establece que:

La Unión se fundamenta en los valores de respeto de la dignidad humana, libertad, democracia, igualdad, Estado de Derecho y respeto de los derechos humanos, incluidos los derechos de las personas pertenecientes a minorías.

Estos valores son comunes a los Estados miembros en una sociedad caracterizada por el pluralismo, la no discriminación, la tolerancia, la justicia, la solidaridad y la igualdad entre mujeres y hombres.

Hemos de recordar que el denominado “proyecto europeo” que actualmente encarna la UE nace de las cenizas de una Europa arrasada por la Segunda Guerra Mundial, donde los fascismos provocaron un cataclismo de tal magnitud que hizo que el sentir común de los europeos fuera el de NUNCA MÁS. Ha de añadirse también que el proyecto europeo se articula asimismo sobre un fuerte componente antinacionalista en previsión –con la lección aprendida– de futuros choques nacionales.

Si bien tras el final de la Segunda Guerra Mundial los movimientos de corte neofascista y ultraderechista no desaparecen del todo –facilitado todo ello en un contexto de “guerra fría” contra el comunismo– ninguno asume públicamente sus postulados ni se encuadran en formaciones políticas “institucionales”, más allá de grupúsculos crípticos o practicando el “entrismo” en otras organizaciones conservadoras convencionales.

Sin embargo, con la generalización de los procesos migratorios hacia una pujante Europa occidental y central en los años 50 y 60 comienza un discurso xenófobo identitario que asume nítidamente postulados de extrema derecha: así, surgen discursos social chovinistas que pretenden negar el pan y la sal a los extranjeros/migrantes por el mero hecho de serlo, acompañándolo todo con notas de supremacismo cultural y religioso y –en definitiva– de preferencia nacional.

El poner en la diana al extranjero (*cabeza de turco*) no sólo resulta fácil en términos de identificación del “otro/diferente” étnica, cultural o religiosamente sino que resulta gratuito en términos electorales dado que esos “otros”, al no ser nacionales y carecer de derechos de ciudadanía, no pueden votar, por lo que las diatribas, calumnias y bulos contra ellos (acaparan subsidios, compiten deslealmente y a la baja en el mercado de trabajo, amenazan nuestra identidad, no quieren “integrarse”...) resultan impunes políticamente.

Que la inmigración era (y es) el principal caballo de batalla de la extrema derecha en toda Europa es una obviedad que resulta capitalizada (maximizada) precisamente por razón de la inacción (léase falta de voluntad) política e institucional, tanto de la UE como de los propios Estados miembros, para configurar una gestión política efectiva, realista y segura de los flujos migratorios hacia la UE, tanto por razones de protección internacional (refugio) como por razones sociolaborales (inmigración). Con

ello nos hallamos en un bucle diabólico, dado que tanto las instituciones de la UE como determinados Estados miembros no asumen esa política realista y eficaz sobre las migraciones por el temor a la demagogia falsaria de la extrema derecha y sus supuestos consiguientes réditos electorales, al tiempo que la nula gestión de las migraciones con destino a la UE –con sus trágicos resultados en sufrimiento y pérdida de vidas humanas y su cinismo estratégico– sigue retroalimentando el discurso ultra por toda la UE.

Si bien en términos generales se puede afirmar que en sus propuestas económicas la extrema derecha no pone en cuestión el modelo capitalista y viene a potenciar la deriva ultraliberal más acérrima (desregulación, desmantelamiento del Estado Social, libertarismo absoluto del mercado) con todo, su discurso se caracteriza por un simplismo irracional en cuanto a las propuestas políticas, unido a un sentimentalismo que hurga –parece que con acierto– en las emociones del electorado ante cuestiones que le resultan inexplicables o inabordables, precisamente porque desde los poderes públicos y las instituciones no se les ha querido –cuando debían– explicar.

Así, en sociedades turbocapitalistas *líquidas* –según Zygmunt Bauman, sociedades cambiantes en las que la incertidumbre por la vertiginosa rapidez de los cambios ha debilitado los vínculos humanos, y lo que antes eran nexos potentes ahora se han convertido en lazos provisionales y frágiles– el sujeto carece de “agarraderos”, de certezas y la extrema derecha acude rauda a proporcionárselos: identidades, en definitiva. El “nosotros” frente al “ellos”.

Mención cabe hacer a la incomperecencia del discurso progresista, imbuido entre el trauma postsoviético, el pragmatismo cínico socialdemócrata (véase Tony Blair) y la profusión de discursos y propuestas alejados de los problemas reales de la mayoría social; todo ello unido al “apagón” informativo de unos *media* que privatizan el acceso a una información veraz, plural y diversa, transformados en la voz de su amo accionarial.

La crisis económico financiera del 2008 agudiza este proceso: en un sistema capitalista la crisis la asumen –en términos de coste real– los trabajadores y las trabajadoras, con un crecimiento exorbitante del desempleo y –además– el recorte drástico de los bienes y servicios públicos. A través de las denominadas “políticas de austeridad” se pone en cuestión precisamente el “modelo social europeo”. Se plantea, pues, la quiebra del pacto o contrato social del modelo emanado tras la Segunda Guerra Mundial.

Sectores de la población se encuentran confusos e indefensos: la extrema derecha acusa a las denominadas “élites” políticas (también sindicales) de desatender a la población y aportan supuestas ideas fuerza para el inmediato autoconsumo y autosatisfacción como la patria, la nación o la identidad, que no aportan soluciones pero generan adhesiones más o menos inmediatas.

También se diversifican los colectivos a los que culpabilizar: ya no son sólo las minorías étnicas o nacionales (principalmente, migrantes), sino que ahora se amplía a las mujeres, con un potente e insolente discurso antifeminista cuestionando las políticas de igualdad y negando la violencia machista. También a todo el colectivo LGTBQ+, cuestionando sus derechos, e incluso negando el calentamiento global a través del negacionismo climático.

Lugar especial merece la animadversión hacia el sindicalismo de clase, verdadera bestia roja de la extrema derecha desde su propia génesis en los años 20 del pasado siglo, en tanto que organiza a los trabajadores y trabajadoras articulando sus reivindicaciones y haciendo valer sus propuestas con una visión internacionalista que desmantela la concepción “nacional” del conflicto capital-trabajo.

Las formaciones políticas de extrema derecha cuestionan –en definitiva– valores supuestamente consolidados en el seno de sociedades democráticas abiertas, plurales y diversas.

La situación en la UE puede resultar cambiante ante los próximos comicios al Parlamento Europeo: actualmente, el principal núcleo de la extrema derecha es el grupo de Identidad y Democracia, donde se hallan Reagrupamiento Nacional de Francia, Alternativa por Alemania y La Liga de Italia, entre otros, con 71 eurodiputados en total, que suponen un 10,1% del PE.

El otro grupo es el de los Conservadores y Reformistas Europeos (ECRE) con Vox, Hermanos de Italia, Demócratas Suecos, Partido de los Finlandeses y Ley y Justicia en Polonia –entre otros– que actualmente cuenta con 63 eurodiputados, esto es un 8,9 % del total. De ellos en Suecia, Finlandia e Italia están en el gobierno nacional, mientras que en Polonia lo acaban de perder.

Finalmente, en el grupo de no adscritos (5,1%) se hallan también varios partidos de extrema derecha, entre ellos –principalmente– el partido del húngaro Orban, Fidesz, con 12 eurodiputados, anteriormente miembro del Partido Popular Europeo y del que fue expulsado en 2019, y que se halla al frente del gobierno de Hungría desde hace tiempo.

Si bien han tenido varios intentos de unificar fuerzas y grupos entre ECR, ID y FIDESZ (Varsovia 2021 o Madrid 2022), no han pasado de declaraciones conjuntas.

A efectos aclaratorios téngase en cuenta que el grupo Socialista y Demócrata cuenta con 146 eurodiputados y un 20,7%; Los Verdes 73 eurodiputados y un 10,4 %, y la Izquierda con 39 y un 5,5%.

Las previsiones parecen apuntar a un crecimiento exponencial de estos partidos ultras en las próximas elecciones europeas, también promovido por el acicate que supone para parte del electorado votar a opciones políticas que no se toman demasiado en serio, dando un papel residual al Parlamento Europeo. En España tuvimos un claro ejemplo de ello en su día con la peculiar candidatura del empresario Ruiz Mateos.

En todo caso la mera existencia de estas fuerzas políticas y su posibilidad de llegar no ya a condicionar, pero sí influir en la agenda política del Parlamento Europeo (Agenda 2030, Pilar Europeo de Derechos Sociales, Pacto de Migración y Asilo, etc.) y, en definitiva, en los derroteros de la UE es preocupante, máxime teniendo en cuenta los “coqueteos” del Partido Popular Europeo a través de su Presidente Manfred Weber con la hipotética integración de algunos de estos partidos en el PPE, a fin de hegemonizar aún más su mayoría en el PE.

En todo caso –dada la volatilidad de los tiempos que vivimos– la pérdida del Gobierno del PiS junto con los decepcionantes resultados de la ultraderecha de Confederación en Polonia, así como los tibios resultados de Vox en España, pueden ser señales esperanzadoras.

En todo caso es necesario **confrontar** con las ideas y postulados de estos grupos por un principio no sólo de visibilidad del discurso democrático sino también por propia coherencia y pedagogía social. Creo que hemos perdido –las gentes de progreso– mucho y valioso tiempo desdeñando gratuitamente a la nueva extrema derecha europea desde una cierta soberbia intelectual, despreciando su zafiedad propositiva y menospreciando a su electorado.

Y digo confrontar porque el tiempo de prevenir, contrarrestar, rebatir, etc. ya ha pasado; su discurso está en las redes y en los medios, en las calles y en los centros educativos, en los centros de trabajo y en las instituciones.

Es necesario remangarse y confrontar; es necesario oponer argumentos –lisa y expresamente– a las mentiras y a las falacias, a los bulos y a las falsedades. No dejar un espacio ni político, ni social, ni mediático sin confrontar la toxicidad de sus planteamientos.

No es fácil. Ya hemos visto que la deriva de la ultraderecha es “a problemas complejos, soluciones sencillas (y falsas)”. La explicación de los planteamientos complejos es mucho más ardua, áspera y difícil de resumir en las redes sociales, en las charlas de café, en los centros de trabajo o en las reuniones familiares.

En esta línea es muy interesante por novedosa e importante por su contenido, la asunción de la tarea sindical de la prevención de la extensión de la extrema derecha incorporada por CCOO en el 12.º Congreso Confederal en 2021. Desde la Secretaría Confederal de Internacional, Cooperación y Migraciones se viene trabajando en acciones formativas y de sensibilización en sectores y centros de trabajo mediante talleres, así como en la reflexión y debate de instrumentos de acción sindical contra el discurso de la extrema derecha. Asimismo a nivel internacional se está desarrollando la *Red Sindical Antifascista* –surgida tras el ataque *squadrista* fascista a la sede de CGIL en Roma en otoño 2021– que abarca organizaciones sindicales de África, Asia, América y Europa, con intercambio de experiencias y buenas prácticas, además de coordinación e información.

Por otro lado, también las Comisiones Obreras participan en la actividad del grupo de trabajo para construir la respuesta sindical ante el ascenso de la extrema derecha de la Confederación Europea de Sindicatos, que –aprobada por su Comité Ejecutivo en 2021– articuló una primera hoja de ruta de 15 acciones iniciales para extender la lucha contra la extrema derecha en todas las organizaciones miembros de la CES, entre las que cabe citar la realización de formaciones específicas en materia de comunicación y redes sociales a fin de articular mecanismos para combatir la extrema derecha y construir una narrativa sólida y contundente, analizar la presencia del discurso de extrema derecha en los centros de trabajo, la formalización de alianzas específicas con otras organizaciones de la sociedad civil y combatir la extrema derecha en el Parlamento Europeo.

Respecto a este último punto, con posterioridad –en junio de 2022– el Comité Ejecutivo de la CES ha aprobado una resolución que continúa la línea de la hoja de ruta mencionada para contrarrestar a la extrema derecha en el Parlamento Europeo, que abarca la previsión sobre las próximas elecciones de 2024. En este documento se plantea un “cordón sanitario” (no relación ni contacto) de los sindicatos de la CES

respecto a los partidos y europarlamentarios miembros tanto del grupo ID como de ECR, ni con partidos y europarlamentarios de extrema derecha del grupo de no adscritos, al tiempo que se plantean compromisos con organizaciones de derechos humanos como la Agencia Europea de Derechos Humanos (FRA) o el Consejo Europeo de Refugiados y Exiliados (ECRE), a fin de promover el Estado de Derecho y los Derechos Fundamentales y los valores sindicales como elementos primordiales del proyecto de la Unión Europea.